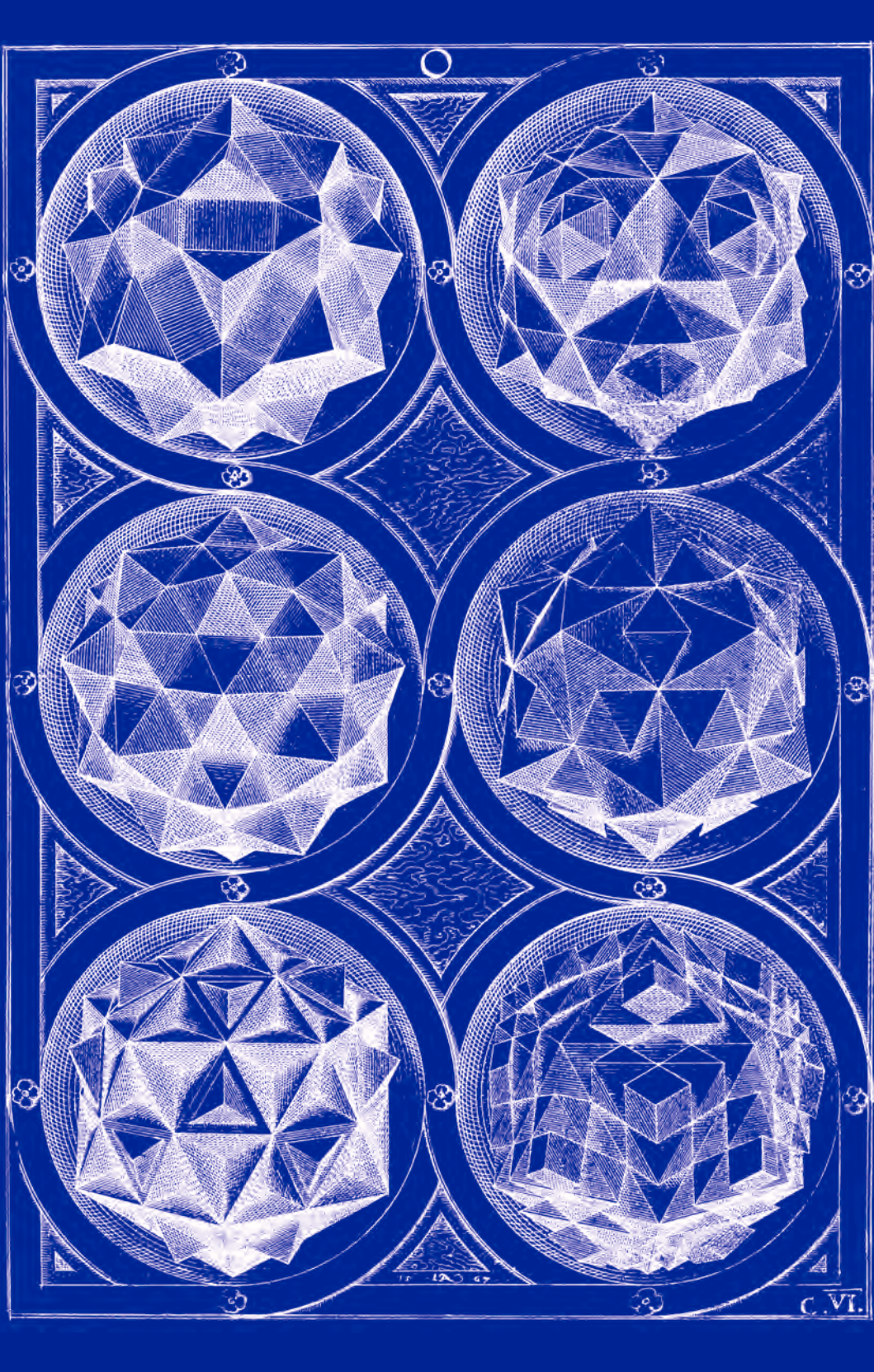


GARY LACHMAN

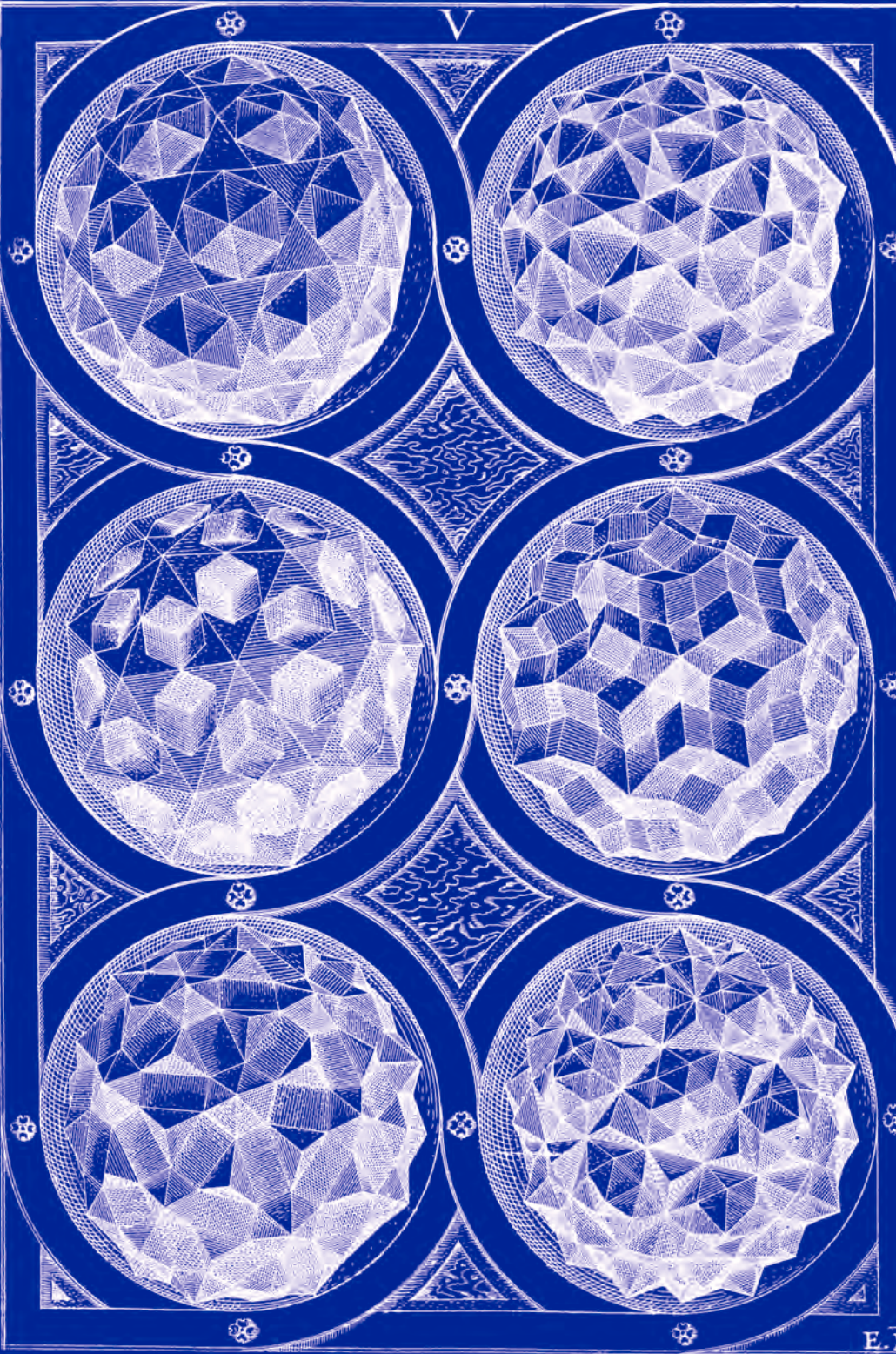
UNA HISTORIA SECRETA DE LA CONSCIENCIA

ATALANTA





F. LA 67





IMAGINATIO VERA

ATALANTA

78



GARY LACHMAN
UNA HISTORIA SECRETA
DE LA CONSCIENCIA

TRADUCCIÓN
ISABEL MARGELÍ



ATALANTA

2013

En cubierta: *Utriusque cosmi maioris scilicet et minoris [...] historia*, Robert Fludd, 1619.

En guardas: *Perspectiva Corporum Regularium*,
Wentzel Jamnitzer, Nuremberg, 1568.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Correctores de estilo: Joaquín Chamorro y Alicia Guerrero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *A Secret History of Consciousness*

© Gary Lachman, 2003 (Publicado por Lindisfarne Books,
Great Barrington, MA 01230, USA)

© De la traducción: Isabel Margelí

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-940941-4-9

Depósito Legal: GI-1299-2013

ÍNDICE

Introducción
La consciencia explicada
13

Primera parte
En busca de la consciencia cósmica

Capítulo 1
R. M. Bucke y el futuro de la humanidad
35

Capítulo 2
William James y la revelación anestésica
53

Capítulo 3
Henri Bergson y el *élan vital*
60

Capítulo 4
El superhombre
70

Capítulo 5
A. R. Orage y la New Age
77

Capítulo 6
La cuarta dimensión de Ouspensky
87

Segunda parte
Evolución esotérica

Capítulo 7
El obispo y el bulldog
109

Capítulo 8
Que entre Madame
114

Capítulo 9
El doctor Steiner, supongo
126

Capítulo 10
De la ciencia de Goethe a la sabiduría del ser humano
131

Capítulo 11
La evolución cósmica
143

Capítulo 12
La hipnagogia
151

Tercera parte
La arqueología de la consciencia

Capítulo 13
La mente invisible
167

Capítulo 14
Romper el cascarón
176

Capítulo 15
El mundo perdido
186

Capítulo 16
La consciencia no cerebral
207

Capítulo 17
La escisión
223

Cuarta parte
Epistemología participativa

Capítulo 18
El impacto de la metáfora
243

Capítulo 19
La mente participativa
254

Capítulo 20
El tapiz de la naturaleza
265

Capítulo 21
Pensar el pensamiento: Yuri Moskvitin y la antroposfera
278

Capítulo 22
El agujero negro de la consciencia
291

Capítulo 23
Otros tiempos y lugares
300

Capítulo 24
La facultad X
318

Quinta parte
La presencia del origen

Capítulo 25
La ascensión al monte Ventoux
331

Capítulo 26
Estructuras de la consciencia
351

Capítulo 27
La estructura mental-racional
374

Capítulo 28
La estructura integral
385

Epílogo
Ganando tiempo
401

Notas
411

Bibliografía selecta
456

Una historia secreta de la consciencia

A Gerald Sorme, por todos esos libros

INTRODUCCIÓN

LA CONSCIENCIA EXPLICADA

Francis Crick, ganador del Premio Nobel junto con James Watson y Maurice Wilkins por descubrir la estructura de la molécula del ADN, publicó en 1994 un libro de título enigmático: *La búsqueda científica del alma. Una hipótesis impresionante*. Esta hipótesis, en palabras de Crick, es la siguiente:

Tú, tus alegrías y tus penas, tus recuerdos y ambiciones, tu sentido de la identidad personal y del libre albedrío, no son en realidad otra cosa que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y sus moléculas asociadas.¹

Es posible que el lector medio, intimidado por las creencias científicas de Crick, se deje impresionar por tal declaración y asuma su ambiciosa frase sin mayor dificultad. Al fin y al cabo, Crick descubrió el ADN, y si las proteínas que encierra la escalera en espiral de la molécula de ADN son responsables de la vida, no resulta tan descabe-

llado plantearse que otras moléculas puedan dar origen a la «identidad personal» y al «libre albedrío» y sean, de hecho, las bases del «tú» y el «yo». Aunque, para quien conozca la historia de la ciencia, la hipótesis de Crick no resulta en absoluto impresionante. Porque en los últimos cuatrocientos años la ciencia ha intentado explicarlo todo –nosotros mismos incluidos– refiriéndose a los átomos o a las moléculas y a las leyes que éstos cumplen, y la «hipótesis impresionante» de Crick sólo es una parte de un prolongado intento de extirpar de nuestra visión del mundo todo cuanto sea «meramente subjetivo».

Pero, para otros lectores, lo impresionante de la hipótesis de Crick es que éste esperase que alguien la creyera. A este grupo, le habría parecido más apropiado el título «*Una hipótesis increíble*». Su reacción inmediata a la hipótesis de Crick podría ser, como en mi caso, sentir instintivamente que, pese a su incuestionable conocimiento sobre biología molecular, a la hora de explicar el tú y el yo, Crick no está más cualificado que cualquier otra persona. ¿Que mis alegrías y mis penas, mis recuerdos y ambiciones, mi sentido de la identidad y mi sensación de libre albedrío no son sino productos de las células nerviosas y las moléculas? Algo me dice que no puedo admitirlo. Y si esto fuese verdad, ¿no serían entonces las propias ideas de Crick al respecto nada más que el comportamiento de sus células nerviosas y moléculas? De ser esto cierto, ¿por qué yo o cualquiera íbamos a prestarles especial atención? Al fin y al cabo, las células nerviosas son células nerviosas y las moléculas son moléculas, ¿no es así?

Sin embargo, como sabe quien esté familiarizado con el tema, «explicar la consciencia» es una de las cuestiones más candentes de los programas filosóficos y científicos de hoy, un giro sorprendente si observamos la historia de

la psicología académica del último siglo. Durante años, la idea de hablar «científicamente» de la consciencia era algo insólito: para la mayoría de los científicos, la consciencia era, en el mejor de los casos, un epifenómeno, como el vapor que emana del agua hirviendo. Pero en la actualidad todo eso ha cambiado. Según cierto biólogo y neurocientífico, los noventa fueron la década del cerebro, y la primera década del siglo XXI sería la de la consciencia.² Cientos de publicaciones y páginas web dedicadas a algún aspecto de los «estudios sobre el cerebro» presentan multitud de artículos de investigación anualmente. Si introduzco la palabra clave «consciencia» en el catálogo informatizado de la Biblioteca Británica de Londres, donde estoy ahora mismo escribiendo, obtengo una lista de más de un millar de títulos, muchos de ellos publicados en los últimos cinco años. Hay libros que afirman que la consciencia puede ser descrita como una especie de computadora; otros sostienen que las propias computadoras pronto serán conscientes; y algunos más, como *The Society of Mind* [La sociedad de la mente], de Marvin Minsky, afirman incluso que ya lo son. Algunos neurocientíficos sostienen que el libre albedrío se ubica en una zona determinada del cerebro (para Crick, se encuentra en un pliegue profundo de la corteza cerebral llamado surco cingulado anterior). Algunos, como Gerald Edelman, ganador también del Premio Nobel, niegan que la consciencia o el cerebro se parezcan a un ordenador, afirmando que más bien serían una especie de jungla cerebral donde distintos «conjuntos neuronales» compiten a la manera darwiniana y los supervivientes son seleccionados como miembros de unas «redes neuronales» entre cuyas funciones se cuenta la consciencia. Otros, como Roger Penrose, están de acuerdo en que el cerebro no es una computadora, y plantean que

ningún ordenador puede llegar a ser consciente, subrayando que la consciencia está hondamente relacionada tanto con la mecánica cuántica como con los vericuetos del teorema de Gödel. Existe incluso, como en la obra de un influyente filósofo de la mente, el deseo de «eliminar» totalmente la consciencia: un proyecto que se remonta a los años veinte y al behaviorismo del psicólogo J. B. Watson. Éste aseguraba no haber visto jamás prueba alguna de la consciencia, lo que le llevaba a concluir que no existía (al menos en un sentido científico). Esta idea tan difícil de asimilar es la tesis central de *La consciencia explicada* (1992), del filósofo Daniel Dennett, tal vez el libro más influyente, y sin duda el más extraño, del género «reducción de la consciencia»: quinientas densas páginas dedicadas a la curiosa tesis de que la consciencia no existe realmente. Lo que sí existe para Dennett son unos robots zombis –nosotros– que sólo *creen* que son conscientes y que tienen experiencias subjetivas... Pero, entonces, ¿a quién pretende explicarle la consciencia si sus lectores, al igual que él mismo, no son realmente conscientes?

Por qué Dennett quiere eliminar la consciencia no queda del todo claro. Quizá comparta la sensibilidad de Nicholas Humphrey, otro pensador empeñado en ahuyentar el fantasma de la consciencia (*Soul Searching* [La búsqueda del alma], 1995). Humphrey, ansioso por deshacerse de cuanto evoque lo «sobrenatural», señaló una vez: «La experiencia subjetiva inexplicada me causa irritación».³ Aun siendo comprensivos con el celo científico, semejante declaración resulta algo inquietante. Curiosidad, de acuerdo, y asombro también. Y turbación e incluso una enfermiza obsesión por «saber cómo funciona». Pero ¿irritación? El placer que siento escuchando un cuarteto de cuerda de Beethoven (que llega a mi corazón como un

delicioso misterio) ¿molesta a Nicholas Humphrey? ¿Por qué la experiencia subjetiva ha de irritar a nadie? Está claro que semejante actitud no le serviría de gran cosa al amor si tuviese que explicar las emociones de la persona que lo profesa. ¿Por qué esta preocupante fijación por explicar nuestro mundo interior, que en última instancia significa reducirlo a algo manejable y controlable, en suma, a tener poder sobre él?

John Searle, autor crítico con Dennett y uno de los principales pensadores académicos sobre este tema, señala en *El misterio de la conciencia*: «Sospecho que las futuras generaciones se preguntarán por qué en el siglo XX nos costó tanto ver el lugar central que ocupa la conciencia en la comprensión de nuestra propia existencia como seres humanos».⁴ No obstante, cualquier lector de las variadas tradiciones de la sabiduría oriental y occidental, o de la vasta literatura sobre la conciencia surgida de las distintas «escuelas alternativas» que aparecieron a partir de los años sesenta, se preguntará por qué cree Searle que hasta ahora no hemos descubierto «el lugar central que ocupa la conciencia». Las ideas sobre la conciencia y los «estados alterados» constituyen una corriente clandestina del pensamiento occidental desde mucho antes del siglo XIX. La conciencia sólo es un problema nuevo para intelectuales académicos como Searle, y puede que de hecho sólo constituya un «problema» para pensadores como él. Aunque Searle considere un error la idea de eliminar los estados mentales, no duda en lanzar afirmaciones radicales que parecen reducir la talla de la conciencia: «Debemos [...] partir», nos cuenta, «del supuesto de que la conciencia es un fenómeno biológico ordinario comparable al crecimiento, la digestión o la secreción de bilis»,⁵ equivalencia que ya había propuesto el fisiólogo francés del siglo XVIII Pierre

Cabanis. Searle ha equiparado también la consciencia al proceso de fotosíntesis,⁶ analogía que comparte con Daniel Dennett. Y, en la que tal vez sea su única coincidencia con Dennett, cree además que nuestra explicación de la fotosíntesis carece de cualquier sensación de misterio⁷ y que ésta pronto habrá desaparecido también en lo relativo a la consciencia.

En el último capítulo de *El misterio de la consciencia* —«Cómo transformar el misterio de la consciencia en el problema de la consciencia»— queda patente hasta qué punto cree Searle que estamos a punto de conseguir la desmitificación de la consciencia. A lo largo del libro, reitera afirmaciones tales como: «Que el cerebro causa la consciencia es un hecho evidente de la naturaleza»; «El problema de la consciencia es el problema de explicar el modo exacto en que procesos neurobiológicos del cerebro *causan* nuestros estados subjetivos de consciencia»; «Sabemos muy bien que los procesos cerebrales *causan* la consciencia».⁸ En efecto, tal como observa David Chalmers, de la Universidad de Arizona, uno de los pocos filósofos de la mente que no pretende «explicar» la consciencia —y a quien Searle trata con particular hostilidad—, Searle repite, como si de un mantra se tratase, la máxima: «El cerebro causa la consciencia».

Pero la pregunta de qué cantidad de cerebro se precisa exactamente para que haya consciencia permanece sin respuesta. En *After Life: in Search of Cosmic Consciousness* [Después de la vida: en busca de la consciencia cósmica], una visión crítica de la experiencia cercana a la muerte, el científico David Darling escribe sobre ciertos casos, ya olvidados en buena medida pero sin duda excepcionales, de hidrocefalia, término que significa «agua en el cerebro». Sin embargo, en los casos que recoge, las personas afecta-

das no tenían agua *en* el cerebro, sino que aparentemente tenían agua *en lugar de* cerebro. Sin embargo, actuaban como seres humanos perfectamente normales e inteligentes. Darling menciona a dos niños nacidos en los años sesenta que «tenían fluido donde debería haber estado su cerebro [...]. Aunque ninguno de los pequeños parecía tener corteza cerebral, ambos mostraban un desarrollo mental perfectamente normal».⁹ En otro caso, un hombre con un cociente intelectual de 126, licenciado con matrícula de honor en matemáticas por la Universidad de Sheffield y, según todos los indicios, brillante y completamente corriente, carecía de un cerebro detectable. Unas gemelas con hidrocefalia aguda disfrutaban de un cociente intelectual superior a la media. En cierto caso, tras realizarle una autopsia a un joven repentinamente fallecido, se le encontró «tan sólo una mísera cáscara de tejido cerebral». Cuando el juez de instrucción expresó sus condolencias a los padres con el comentario de que al fin aquel hijo gravemente retrasado había hallado la paz, ellos, estupefactos, le hicieron saber que su brillante hijo estaba aún ocupando su puesto de trabajo pocos días atrás.¹⁰ El artículo que detallaba estos casos fue objeto de cierta atención en su momento, aunque posteriormente cayó en el olvido, pues sus conclusiones contradecían en exceso la ortodoxia científica en vigor. Y, sin embargo, estos ejemplos sugieren como mínimo que el mantra «El cerebro causa la consciencia» quizá no sea tan irrefutable como creen sus partidarios, y que, expresándolo *grosso modo*, no habría que descartar del todo la posibilidad de que la consciencia exista sin el cerebro.¹¹

Pese a todo, Searle es categórico y cree que nuestra sensación de misterio en lo tocante a la consciencia es un «verdadero obstáculo» para responder a la «pregunta causal»

sobre ella, y que esa sensación de misterio se disipará en cuanto dispongamos de una explicación relativamente plausible acerca de cómo causa el cerebro la consciencia. Este obstáculo es conocido como «el problema difícil». ¿Cómo se convierten las descargas neuronales en experiencia subjetiva? ¿Cómo se convierten las moléculas físicas de Crick en «cosas» curiosamente *significativas*, aunque intangibles, como el perfume de una rosa, el canto de un ruiseñor o el tacto de un amante? En realidad nadie lo sabe, y mientras se mantenga un mínimo halo de misterio en torno a nuestra experiencia subjetiva, siempre existirán individuos como yo, que consideren que todo el proyecto científico de explicar la consciencia está mal encaminado. Para nosotros, explicar la consciencia sería lo mismo que «explicar» una cantata de Bach o los girasoles de Van Gogh. ¿Quién querría hacer tal cosa? Y en todo caso, ¿cómo *podría* hacerse y de qué serviría semejante explicación?

No todos los exploradores contemporáneos de la consciencia comparten esta visión de una consciencia desmitificada. Muchos de ellos no creen que la ciencia pueda llegar a resolver nunca el «problema difícil». Los pensadores convencidos de ello han sido bautizados como «misterianos» por compañeros más optimistas. David Chalmers, por ejemplo, insiste en que, por más que aprendamos sobre el cerebro, siempre habrá una «brecha explicativa» entre los distintos procesos físicos y nuestra experiencia subjetiva. Las teorías puramente physicalistas, sostiene, no pueden salvar esa brecha, y su enfoque remite en muchos aspectos a antiguas ideas del pampsiquismo, la noción —compartida por pensadores premodernos y por algunos filósofos del siglo XX, como Henri Bergson y Alfred North Whitehead— de que, en cierto modo, *todo* participa de la consciencia. Tal visión acaba con el temido dualismo

cuerpo-mente al sostener que la consciencia no es simplemente una propiedad del cerebro, sino que de alguna forma existe a través de toda la creación. A la mayoría de los científicos y filósofos les repele esta idea, aunque no es más que la otra cara de la moneda de visiones como la de Dennett, que prescinden enteramente de la consciencia. Por extraño que parezca, les desagrada más pensar que todo es consciente que pensar que nada lo es.

Lo que realmente molesta a los «explicadores» es que en el fondo uno nunca pueda «saber», con el tipo de certeza con que se conoce un hecho físico, que cualquiera aparte de uno mismo *sea* realmente consciente. No podemos ver, tocar, oír, oler, saborear ni notar la consciencia de otro –ni siquiera la nuestra–. Cabe imaginar un androide diseñado para parecer consciente a todos los efectos pero sin tener en absoluto ninguna experiencia subjetiva. No habría forma de saber sólo mediante los sentidos si ese androide sería consciente. Todos sus actos podrían programarse de tal manera que pareciera ser exactamente igual que yo: un individuo con algún tipo de experiencia subjetiva –al menos metafóricamente– dentro de su cabeza. Pero sin tenerla en realidad. Plantearle tal posibilidad a una mente impresionable podría desembocar fácilmente en un caso serio de paranoia. Sin embargo, algunos científicos llegan a rozar esa línea. A mi entender, esto habla más sobre las peculiaridades de cierta sensibilidad «científica», sedienta de certeza absoluta, que acerca de cualquier «problema de la consciencia».

Este libro no trata de «explicar la consciencia», ni es en ningún sentido una explicación «científica» del cerebro o de nuestro mundo interior. Ya existen muchos libros de ese tipo, excelentes y elaborados por manos más capaces

que las mías. Al contrario, uno de mis motivos para escribir este libro es el de exponer que el actual monopolio sobre la consciencia por parte de los científicos y filósofos académicos es infundado, y que éstos excluyen de sus explicaciones «oficiales» toda una historia del pensamiento sobre la consciencia y su posible evolución. Existe lo que yo llamo una «historia secreta de la consciencia», y en estas páginas trataré de sacar a la luz parte de dicha historia. No estoy diciendo que se deba abandonar el estudio científico de la consciencia: eso sería absurdo, y tan reduccionista como los enfoques que he mencionado. Lo importante es integrar aquello que la ciencia nos cuenta sobre cerebro y mente en una perspectiva más amplia, en una imagen más grande de la historia de la humanidad y en una visión más extensa de su futuro.

En este libro me centro en lo que podemos denominar en términos generales tradición esotérica, espiritual o metafísica, aunque no todos los pensadores que serán aquí mencionados se situarían a sí mismos dentro de este ámbito. Y lo he hecho así porque en dicha tradición la consciencia, lejos de ser explicada, es más bien la protagonista del drama. Para decirlo de forma resumida, si las actuales explicaciones científicas de la consciencia se basan en las moléculas y las neuronas, en la contratradición es la propia consciencia la responsable de esas neuronas y moléculas. Para los materialistas, lo primero es la materia, y lo segundo la consciencia; para la tradición contraria, lo primero es la consciencia. Es más, para la tradición contraria, la consciencia no es un estático «producto» del cerebro, sino una presencia viva y en evolución cuyo desarrollo puede seguirse a lo largo de varios períodos históricos. Nadie habla de una evolución de la bilis, en el sentido de que en su interior haya potenciales y posibilidades aún por

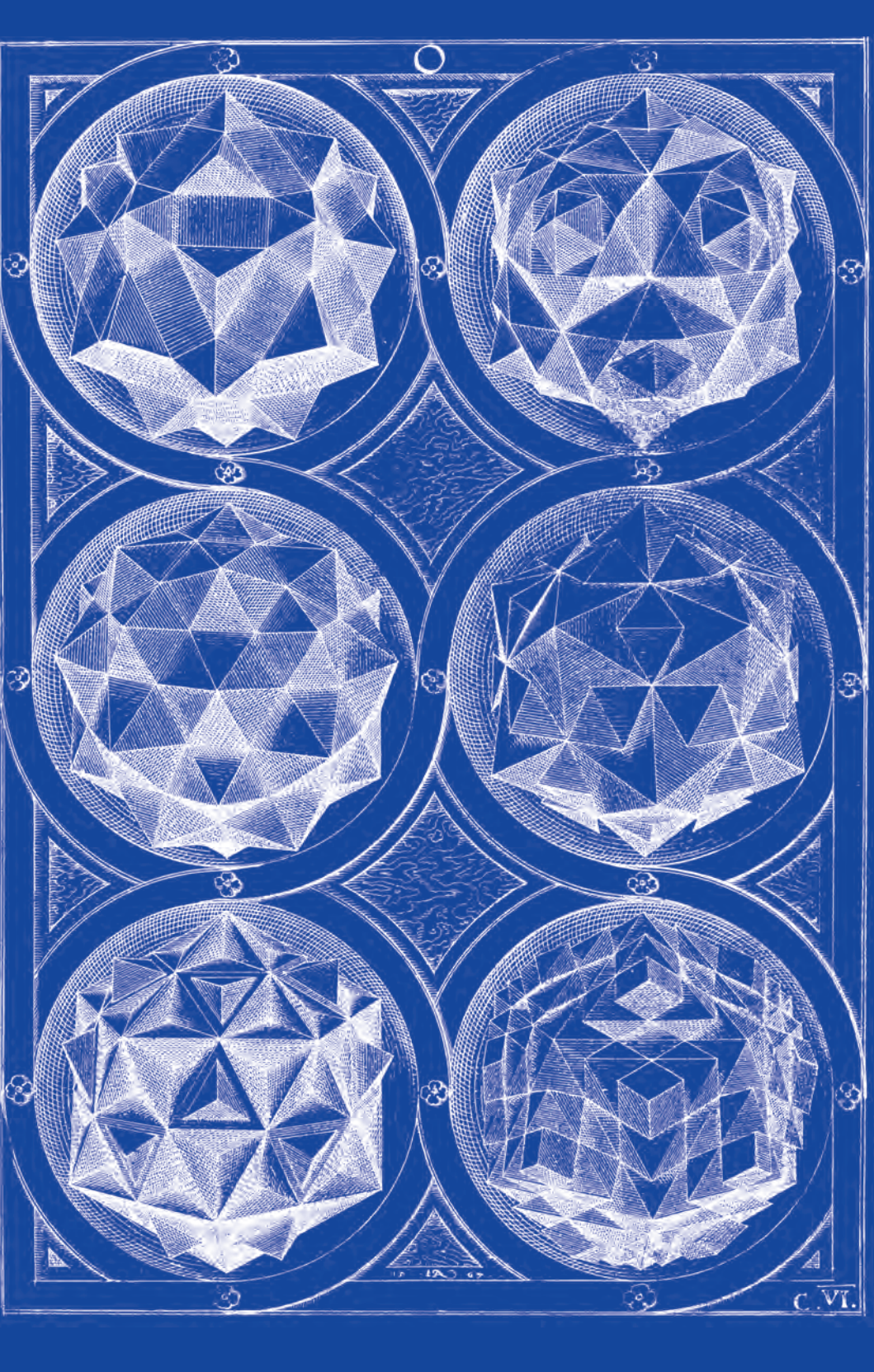
descubrir. En cambio, para la historia secreta de la consciencia, la idea primordial es que los seres humanos, *tal como son*, no constituyen el punto final de una evolución, y que su consciencia, *tal como es*, no es un estado definitivo alcanzado por casualidad. Para la historia secreta de la consciencia aún existe la posibilidad de que los seres humanos evolucionen hacia algo muy diferente, y de que dicha diferencia adopte la forma de una consciencia nueva, más amplia y expansiva, que ya se ha manifestado en el pasado y continúa haciéndolo en el presente. Qué podría ser exactamente esta consciencia y cómo alcanzarla son algunas de las cuestiones de que tratará este libro.

Las características de esta nueva consciencia son conocidas desde hace siglos. Los místicos hablaron de ellas, y las ideas de una «consciencia superior» o de «estados alterados de consciencia» forman parte de nuestro lenguaje corriente al menos desde la década de los sesenta. En su libro *SQ: Spiritual Intelligence, The Ultimate Intelligence* [Inteligencia espiritual], la física Danah Zohar habla de la obra del neurocientífico austríaco Wolf Singer, especializado en lo que se conoce como «el problema de la vinculación»: ¿cómo fusiona el cerebro la información dispar procedente de los sentidos en un todo comprensible? Singer y sus colegas de Fráncfort estudiaron la percepción visual y señalaron que el aspecto neurológico de la «vinculación» tal vez radique en las descargas neuronales sincronizadas que se producen en zonas separadas del cerebro. Singer descubrió que neuronas separadas ubicadas en partes diferentes del cerebro, responsables del color, la forma y el movimiento, descargan simultáneamente a cuarenta hercios; es decir, que se producen cuarenta descargas por segundo. Aunque muchos investigadores dudan de la im-

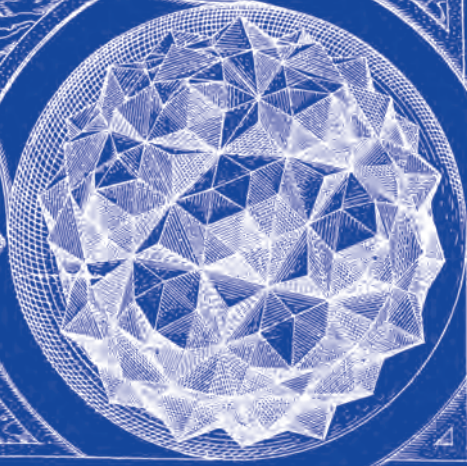
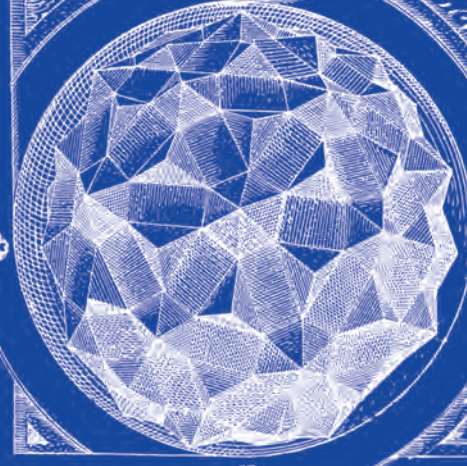
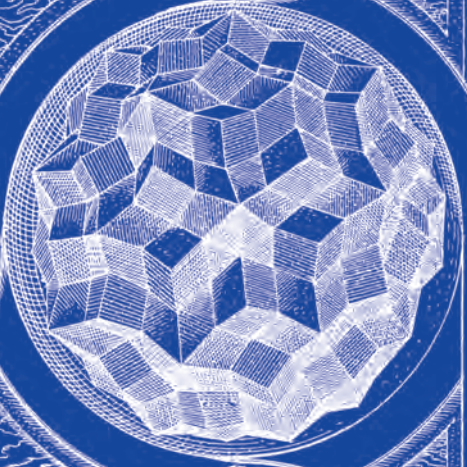
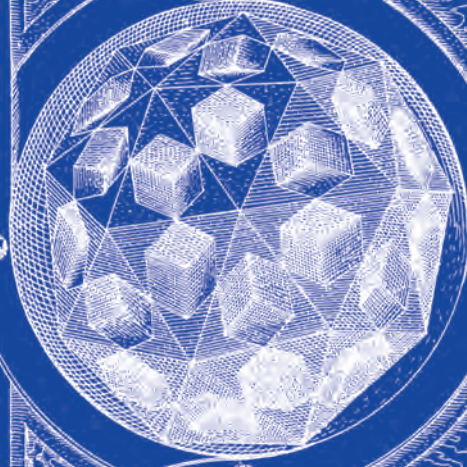
portancia de este hallazgo, esta oscilación neuronal a cuarenta hercios parece estar relacionada con la consciencia. La obra de Singer propone la existencia en el cerebro de un proceso antirreduccionista en sí mismo, encargado de crear un todo con las distintas partes, y por lo tanto de dotar de *significado* a nuestra experiencia. Sin él, el mundo resultaría una erupción azarosa de información; en otras palabras, un caos. De modo que el «significado» no es algo que nosotros importemos al mundo, como han afirmado algunos científicos y filósofos.¹² Literalmente, sin él no habría «mundo». Zohar propone además que el estado de unidad interior y exterior experimentado por quienes practican la meditación es análogo a la «unidad» de las neuronas oscilantes.¹³ Durante la meditación, las ondas cerebrales se tornan más coherentes y van acompañadas de esas oscilaciones a cuarenta hercios. Zohar indica que la experiencia subjetiva de unidad va acompañada de una unidad física en el cerebro. Este procesamiento simultáneo de información, señala, es indicativo de un «tercer tipo de pensamiento», lo que ella llama nuestro CE (cociente espiritual) para distinguirlo del CI (cociente intelectual) y de las recientes ideas sobre un «cociente emocional». En vez de reducir nuestros estados internos al comportamiento de moléculas y neuronas, o bien de eliminarlos por completo, la obra de Singer sobre las oscilaciones neuronales sincronizadas ofrece un apoyo neurológico para el que tal vez sea nuestro estado interior máspreciado: la sensación mística de unidad.

Otros investigadores apuntan en direcciones similares. Los neurocientíficos Denis Pare y Rodolfo Llinás afirman que, más que un epifenómeno generado por descargas neuronales, la consciencia parece ser una propiedad inherente al propio cerebro. Su investigación respalda la visión

de la consciencia y la mente tenida por los místicos a través de los siglos: que el mundo que percibimos está en realidad conformado por nuestra consciencia. Tras darse cuenta de que las oscilaciones a cuarenta hercios asociadas con la consciencia ocurren durante la fase REM, Llinás concluyó que la única diferencia entre sueño y vigilia es que, en los estados de vigilia, el «sistema cerrado que genera estados oscilatorios» es modulado por estímulos que penetran desde el mundo exterior. Así pues, la consciencia no es «causada» por estímulos sensoriales que «escriben» en la pizarra en blanco de la mente, como supusieron filósofos como John Locke, sino que es un proceso irreductible del propio cerebro. Aunque los científicos materialistas piensan que una realidad dura y rígida mueve los hilos de la consciencia, el mundo exterior que percibimos a través de los sentidos podría ser una especie de sueño en vigilia, formado por una consciencia que no se engaña al respecto.¹⁴



17 18 67



Imaginatio vera

Durante los últimos cuatro siglos, la ciencia ha tratado de interpretar la realidad en términos puramente materiales de átomos, moléculas y leyes físicas. Gary Lachman apunta hacia otra manera de considerar las cosas en donde el sentido del mundo no proviene del exterior, sino de la consciencia misma. Su libro es un intento de compensar esta parcial unilateralidad de la visión científica y presentar todo el pensamiento que sobre la evolución de la consciencia ha quedado fuera de la historia oficial y académica, incorporando una visión más amplia de la consciencia, su historia y su futuro. Para ello, Lachman traza esta fascinante y enriquecedora «historia secreta de la consciencia» que agrupa desde las ideas sobre el futuro de la humanidad de R. M. Bucke, las teorías psicológicas de William James, el «impulso vital» de Bergson y el superhombre de Nietzsche, a la cuarta dimensión de Ouspensky, las revelaciones esotéricas de Madame Blavatsky o la antroposofía de Rudolf Steiner, a las que hay que añadir las investigaciones sobre la hipnagogia de Andreas Mavromatis, los estudios sobre el lenguaje de Owen Barfield y las indagaciones filosóficas de Yuri Moskvitin sobre el origen del pensamiento, para terminar con los cinco estados evolutivos de la consciencia postulados por Jean Gebser.

Gary Lachman es escritor y músico. Nació en Bayonne, Nueva Jersey, en 1955, y desde 1996 vive en Londres. Entre 1975 y 1977 fue bajista, letrista y miembro fundador del grupo Blondie, y en 1981 guitarrista de Iggy Pop. Actualmente escribe y colabora para *The Guardian*, *Mojo* y *The Times Literary Supplement*. Es autor de *In Search of Ouspensky: The Genius in the Shadow of Gurdjieff* (2004), *A Dark Muse: A History of the Occult* (2005), *Rudolf Steiner* (2007), publicado por Atalanta (n.º 67), *Politics and the Occult: The Left, the Right, and the Radically Unseen* (2008) y *Jung The Mystic* (2010), así como de numerosos artículos. Tal vez su libro más importante sea *The Secret History of Consciousness*, publicado en 2003.

